

CARTA DE AMOR A MI TAZA DEL DESAYUNO

Albanta, 8de febrero de 2010

Querida compañera,

No posees un nombre propio, ni tu existencia tiene más propósito que el de esperarme silenciosa en la cocina. Sin embargo, cuando el reloj despierta, con su sonido cruel, la mañana que aún no ha clareado y me levanto sonámbula de las sábanas calientes, con el lógico aturdimiento que deja atrás una noche de pesadillas o ensueños gloriosos, con el lógico desgano de tener que volver a enfrentarme, de nuevo, cara a cara con la vida que despierta y abandonar esa otra parte de la existencia que duerme, que se alimenta de sueños mágicos, irracionales, paradójicos, incomprensibles, insensatos..., me levanto sonámbula y mi primer pensamiento eres tú. Ahí estarás esperándome como cada día, vacía y desconchada por los muchos años en los que has compartido conmigo el tedio de la mañana.

Sí, te vuelvo a encontrar, como siempre, inmóvil, sobre el escurridor para vasos de la cocina, siempre en tu lugar, siempre orgullosa, sabedora que te escogeré a ti entre todos los cachivaches disponibles, siempre fiel a tu cita para ofrecerme generosa tu energía. Te tomo entre mis manos, aún medio dormidas, y acaricio tu cuerpo de barro antes de verter algún líquido de sabor agradable que llevarme a la boca.

Te lleno de infusiones, de caldos, de cafés torrefactos, de yerbajos amargos. Siempre estás dispuesta a ofrecerme el mejor aroma de todos ellos, mantienes la temperatura adecuada para este paladar que tan bien conoces y parece saber compensar, con tu textura, el sabor áspero de su contenido, cuando torpemente, por mi parte, no ha sido endulzado convenientemente.

Te acerco a mis labios, y los acaricias con tu tacto caliente, como nadie acaricia estos labios. Caliento mis manos aferrándome a tu cuerpo de barro y me quedo pensativa, intentando recordar el verso magnífico que esta noche había creado, pero que ha volado de mi cabeza como tantos otros sueños que se esfuman con el olor de la amanecida.

Este es mi momento, tal vez el único momento del día realmente mío, bueno de las dos, ya que no puedo excluirte en este instante de sosiego y placidez; luego vendrán las prisas, los aciertos, los errores, las palabras punzantes y las otras palabras, la batalla diaria con el

hastío, con las labores cotidianas y fastidiosas: luego vendrá un día, como tantos, cargado de despropósitos y esfuerzos, de tareas compensadas y las otras tareas, de sonidos agradables y los otros sonidos, de situaciones gratas y las otras situaciones; pero yo habré pasado contigo estos minutos serenos y templados y sabré enfrentarme a este nuevo día que se presenta, con la aptitud positiva de poder saborearlo, de saber superar los olores de fracaso que contenga en su interior como una trampa perversa y despiadada. Me habrás dado la sabiduría suficiente para saberle distinguir lo esencial, lo positivo, lo insignificante, lo concreto, lo auténtico, lo indudable, lo válido...

Hoy te hablaré, como cada mañana, de las dudas que impregnan mis silencios, te hablaré de esos sentimientos tan prisioneros y vulnerables de los que no podría hablar con nadie, te hablaré de aquellas palabras que fueron capaces de derrumbarme ayer en la tarde, y te hablaré también de aquella sensación gloriosa, con sabor de triunfo, al enfrentarme a mis propios fantasmas con descaro, con empaque, sin pereza.

Y tú sabrás escucharme como en cada desayuno, y estarás dispuesta a oír mis propósitos gastados para retarme con otro día que comienza. Me contestaras sin palabras, pero yo estaré segura de comprender tus consejos, tus razones, tus motivos. Estaré segura de marcharme de tu lado con las pilas puestas, de saber agarrarme a la vida, sí la vida, esa cualidad que muchos pensarán que te falta, pero que yo estoy segura que se te derrama por cada poro de barro; de agarrarme a la vida y saborearla como saboreo estos momentos dulces, de saber encontrarle todos sus resquicios, todos sus matices, todos sus semblantes.

Me despediré de ti, como cada mañana, y volveré a acariciar tus heridas de guerra, tu borde desconchado que me recuerda el poco mimo con el que te traté en nuestros primeros años de encuentros, antes de saber que te volverías imprescindible, que te volverías sabia, irremplazable, esencial, cómplice...

Con el mayor de los afectos, siempre tuya,